

# *El bucanero de Bombay*

SATYAJIT RAY

Traducción del inglés de  
María Luisa Balseiro

 Siruela

Las Tres Edades

# Índice

La Fortaleza de Oro	11
<i>El bucanero de Bombay</i>	104
Misterio en Villa Golok	166
Un suceso en el cementerio	209

*Para Bijaya*

# La Fortaleza de Oro

## I

Feluda cerró ruidosamente el libro, y acompañó un bostezo cavernoso con dos sonoros chasquidos de los dedos.

—Geometría —decretó.

—¡No me digas que llevas todo ese tiempo leyendo un libro de geometría! —dije.

El libro estaba forrado con papel de periódico, y eso me había impedido averiguar su título. Solo sabía que era un préstamo del tío Sidhu, que tiene la pasión de comprar libros y es sumamente exigente sobre el trato que hay que darles. Pocas personas pueden tomar prestados sus valiosos libros, pero Feluda es una excepción. Y, cada vez que se lleva a casa un libro del tío Sidhu, lo primero que hace es forrarlo.

Feluda encendió un cigarrillo Charminar y soltó dos aros de humo antes de responder.

—Por supuesto que no; el libro de geometría no existe. Cualquier libro puede ser un libro de geometría, sencillamente porque todo en la vida es geometría. Habrás visto que ese aro de humo, al salir de mi boca, era un círculo perfecto. Ahora date cuenta de que el círculo está difundido en todo el universo. Fíjate en tu cuerpo. La pupila de

tus ojos es un círculo. Con ese círculo ves el sol, la luna y las estrellas. En realidad, más que círculos son esferas, cada uno una burbuja sólida: o sea geometría. Los planetas del sistema solar giran alrededor del Sol siguiendo una curva elíptica: más geometría. Cuando escupes por la ventana como acabas de hacer (aunque no deberías hacerlo porque es sumamente antihigiénico, y la próxima vez que te pille te voy a dar un soplamocos), el salivazo desciende siguiendo una curva parabólica. Más geometría. ¿Alguna vez has mirado con atención una tela de araña? ¿Sabes qué geometría tan complicada hay metida en esa obra? Lo primero que hay que hacer para tejer la tela es formar un cuadrado. A continuación se añaden las diagonales, formando cuatro triángulos. De la intersección de esas dos diagonales arranca la urdimbre en espiral, que poco a poco va creciendo hasta que llena todo el cuadrado original. Es un fenómeno tan asombroso que se podría uno pasar una eternidad meditando...

Era un domingo por la mañana. Estábamos los dos en la sala de estar de la planta baja de nuestra casa. Mi padre había ido a ver a su amigo de la infancia, el tío Subimal, para su habitual charla de los domingos. Feluda estaba sentado en el sofá, con las piernas extendidas sobre la mesita baja de delante. Yo estaba en el diván, recostado en el almohadón, que había apoyado en la pared. Tenía en las manos un rompecabezas de plástico con tres bolitas de hierro, y llevaba media hora haciendo vanos intentos por juntar las tres bolitas en el centro del rompecabezas. También aquello, según me di cuenta, era un asunto de geometría intrincada.

Desde el patio cercano de la casa de Nihar y Pintu llegaban las notas de una canción popular de una película hindi. Finas líneas espirales sobre un disco redondo. Geometría.

—No es solo lo que se ve a simple vista —seguía disertando Feluda—. Hasta para entender el funcionamiento de la mente humana es útil la geometría. Por ejemplo, la mente de una persona corriente sigue una línea recta. Los

pensamientos de una persona complicada van en zigzag, como una serpiente. Y en el caso de un loco, vaya usted a saber qué dirección seguirá su mente: la geometría más compleja.

Gracias a Feluda, me he tropezado ya con toda clase de gente: rectilíneos y zigzagueantes, cuerdos y chiflados. Me puse a pensar qué figura geométrica sería la que le correspondiese a él. Cuando por fin se lo pregunté, me dijo:

—Yo creo que me podrías considerar como una luminaria, una estrella de muchas puntas.

—¿Y yo qué soy, un satélite de esa estrella?

—Tú eres un punto, una cosa que según la definición del diccionario tiene posición pero no tiene magnitud.

La verdad es que me gusta imaginarme como un satélite de Feluda. Lo único que lamento es que muchas veces no puedo serlo. Si conseguí seguirle a todas partes cuando el lío de Gangtok, fue únicamente porque la escuela estaba entonces cerrada. Pero me quedé fuera de los dos casos siguientes, el asesinato de Dhalbhoomgarh y el testamento falso de Patna.

Ahora estábamos disfrutando de las vacaciones de la *puja*\*. Y llevaba yo unos días pensando que estaría muy bien que se presentara algún problema. Pero no contaba con que esa apetencia mía se materializara de golpe y porrazo. Feluda dice, claro, que muchas veces basta desear una cosa con mucha fuerza para que ocurra. Sea así o no, no me importaría nada pensar que los sucesos de aquel día los puso en marcha mi voluntad.

El altavoz de la casa de Pintu empezaba a atronarnos con otra canción popular en hindi, Feluda acababa de echar ceniza en el cenicero y coger el *Hindusthan Standard*, y a mí se me había ocurrido la idea de salir, cuando alguien llamó

\* En Calcuta, el periodo festivo en que los hinduistas veneran con celebraciones públicas y privadas a la diosa Durga o Kali, entre septiembre y noviembre. (*Todas las notas son de la traductora.*)

enérgicamente a la puerta. Mi padre no iba a regresar hasta el mediodía, así que tenía que ser alguien de fuera. Fui a abrir, y me encontré con un señor de modales apacibles que vestía una camisa azul sobre el *dhoti*\*.

—¿Vive aquí Prodosh Mitter?

El señor tuvo casi que gritar para hacerse oír sobre el estruendo del altavoz.

Al oír su nombre, Feluda se levantó del sofá y salió.

—¿De dónde viene usted?

—Vengo desde Shyambazar.

—Pase.

El señor pasó.

—Tome asiento, por favor. Yo soy Prodosh Mitter.

—¡Ah! Es usted tan joven que...

El señor, con aire de cierta timidez, se sentó en la silla junto al sofá. Pero su sonrisa se desvaneció casi al instante.

—¿De qué se trata? —preguntó Feluda.

Nuestro visitante se aclaró la garganta.

—He oído hablar mucho de usted al señor Kailash Choudhury, que casualmente es cliente mío. Yo me llamo Sudhir Dhar, y tengo una librería en College Street: Dhar y Compañía, quizá la conozca usted.

Feluda asintió con un gesto y se volvió hacia mí.

—Topshe, haz el favor de cerrar la ventana.

Al cerrar la ventana de la calle la canción bajó de volumen, y nuestro visitante siguió hablando con una voz más normal.

—Hará como una semana salió en los periódicos una noticia sobre mi hijo. No sé si usted...

—¿Puede decirme qué era exactamente?

—Era sobre un niño que recordaba su vida anterior.

—Ah, sí. Un niño llamado Mukul, ¿no es cierto?

—Exacto.

\* El vestido habitual en muchas regiones de la India, una túnica blanca suelta o recogida en la cintura con una faja.

—¿Y la noticia era verdad?

—Pues, verá usted, es que viene diciendo unas cosas que nos han hecho pensar...

Eso de recordar vidas anteriores no era nada nuevo para mí. Había realmente personas así, que de repente empezaban a acordarse de su existencia anterior. Claro que incluso Feluda dice no estar seguro de si existen las vidas anteriores y la reencarnación.

Feluda abrió su paquete de Charminar y se lo ofreció al visitante. Pero el caballero sacudió la cabeza con una leve sonrisa, indicando así que no fumaba. Luego empezó a hablar.

—Quizá recordará usted... Mi hijo, que no tiene más que ocho años, describe un lugar como si lo hubiera visitado. Pero es un lugar en el que ni siquiera nuestros antepasados han puesto los pies, y no digamos el niño. Somos una familia sencilla, como ya se imaginará usted. Yo tengo que ocuparme de la librería, pero en estos tiempos el mercado...

—¿No hablará su hijo de una fortaleza? —dijo Feluda, interrumpiéndole casi deliberadamente.

—Sí, en efecto. La llama la Fortaleza de Oro. Es una fortificación que tiene arriba un cañón, y el niño dice haber visto una batalla y gente que se moría. Dice que él llevaba turbante a la cabeza y cabalgaba por la arena en camello. Habla mucho de arena; de elefantes y caballos y otras cosas. Sí, y también habla mucho de pavos reales. Tiene una mancha cerca de un codo, desde que nació. Nosotros pensábamos que era natural; pero él dice que una vez le picó un pavo real, y al parecer esa es la marca que le dejó el picotazo.

—¿Dice con claridad dónde vivía exactamente?

—No; pero desde su casa se veía la Fortaleza de Oro. A veces coge papel y lápiz y se pone a hacer dibujos, diciendo: «Mirad, esta es mi casa». Y la verdad es que sí parece una casa.

—¿No podría haber visto la imagen de una casa así en algún libro? Al fin y al cabo, usted tiene una librería.

—Bueno, es muy posible. Pero también otros niños ven libros ilustrados, y eso no significa que se pasen el día contando esas historias. Usted no conoce todavía a mi hijo, señor; si le conociera, vería que es como si todo su ser estuviera en otra parte. Su casa, sus hermanos y hermanas, sus padres y parientes, todo parece darle igual. Casi nunca nos mira al hablar.

—¿Cuánto tiempo hace que está así? —preguntó Feluda.

—Pues hará ya casi un par de meses. Verá usted, todo empezó con esos dibujos. Fue un día que había llovido mucho. Yo acababa de volver de la tienda, y él me enseñaba sus dibujos. Yo al principio no le hice ningún caso. ¡Se hacen tantas cosas raras de pequeño! Él seguía dale que te pego, y yo ni le escuchaba. Fue mi mujer la que primero notó algo raro. Durante los días siguientes le escuché y le observé atentamente. Entonces me acordé de otro de mis clientes, el doctor Hemanga Hajra. ¿Ha oído usted sobre él?

—Sí, sí, el parapsicólogo. Claro que sé de él. Es más, el periódico decía que pensaba llevar a su hijo a no sé dónde.

—Se han ido ya. Nos hizo tres visitas y dijo: «Eso parece el Rajastán». «Es muy probable», respondí yo. Al final declaró: «Su hijo es una de esas personas que recuerdan su vida anterior. He investigado mucho sobre esa clase de personas. Voy a llevarme a su hijo al Rajastán. Si consiguiéramos encontrar el lugar exacto, estoy seguro de que su hijo recordaría muchas más cosas. Y eso sería de gran ayuda para mí. Yo correré con todos los gastos, y le cuidaré perfectamente: usted no tiene que preocuparse de nada».

—¿Y qué más? —La voz de Feluda y su manera de incorporarse en el asiento me revelaron claramente que aquello empezaba a interesarle.

—Pues nada..., que cogió a Mukul y se fue con él.

—¿Y el niño no protestó?

Nuestro visitante sonrió con tristeza.

—¿Qué dirá usted? ¡En cuanto oyó nombrar la Fortaleza de Oro ya se quería ir! Usted no conoce todavía a mi hijo.

No es igual que los demás niños. Realmente, no se parece en nada. Se despertaba a las tres de la mañana y se ponía a tararear una canción. Y no una canción de esas de las películas, no...; sin duda alguna una canción folclórica. Pero yo estoy seguro de que no era de ningún pueblo de Bengala. Tengo cierta afición a la música, toco un poco el armonio, así que...

El caballero llevaba bastante rato hablando, pero aún no nos había dicho por qué acudía a Feluda, por qué necesitaba los servicios de un detective. Hasta que, de pronto, una pregunta de Feluda dio otro color a toda la historia.

—Su hijo ha hablado también de un tesoro oculto, ¿no es verdad?

Fue como si nuestro visitante se desinflara de pronto. Suspirando, dijo:

—Sí, señor mío, ahí está el problema. Que me contara a mí lo del tesoro, bueno. Pero revelárselo a los periodistas ha sido un desastre.

—¿Por qué ha sido un desastre? —preguntó Feluda; y al momento llamó a nuestro criado, Srinath, y le pidió que sirviera té.

—Verá usted por qué —dijo el visitante—. Hemanga Babu\* salió ayer con mi hijo hacia el Rajastán en el expreso de Toofan, y...

—¿Sabe usted a qué parte del Rajastán? —le interrumpió Feluda.

—Creo que mencionó Jodhpur —repuso Sudhir Babu—. Dijo: «Como el niño habla de arena, empezaremos por el noroeste». En fin..., el problema principal es que anoche secuestraron en el vecindario a un niño de la edad de Mukul.

—¿Piensa usted que le confundieron con su hijo?

—No me cabe la menor duda. Hasta se parecen un poco. El abogado Shibratan Mukherjee vive en nuestro barrio. Da la casualidad de que ese niño, Nilu, es nieto suyo. Como ya

\* Título de respeto que se emplea pospuesto al nombre propio, equivalente a nuestro «don».

se figurará usted, toda la familia daba al muchacho por perdido. Llamaron a la policía, se armó un alboroto tremendo. Ahora, claro, como han recuperado al niño, las cosas se han calmado.

—Mucha prisa se han dado en devolverle.

—Sí, esta mañana temprano. ¡Pero eso qué más da! Yo voy a volverme loco. Es evidente que los secuestradores se dieron cuenta de que no era el niño que buscaban. Pero este niño les ha dicho que Mukul se ha ido a Jodhpur. Ahora figúrese usted que esos rufianes vayan tras él en busca del tesoro; ¿se imagina...?

Feluda guardaba silencio, reflexionando. En su frente habían aparecido cuatro líneas sinuosas. A mí me latía fuerte el corazón. No por nada, sino por la esperanza de que el resultado de todo aquello pudiera ser un viaje al Rajastán durante las vacaciones. Jodhpur, Chitor, Udaipur no eran más que nombres que había oído o leído en los libros de historia. Y en el *Rajkahini* de Abani Tagore que el tío Naresh me había regalado por mi cumpleaños.

Srinath trajo el té y lo dejó sobre la mesa. Feluda le sirvió una taza a Sudhir Babu. Esta vez el caballero habló con cierta vacilación.

—Por lo que me ha dicho Kailash Babu, parece que es usted el mejor..., así que yo había pensado que..., ¡si pudiera usted ir al Rajastán! Por supuesto, si va usted y ve que están seguros, no hay nada más que hacer. Pero si descubriera que ha habido algún problema... En fin, también he oído hablar mucho de lo valiente que es usted. Claro está que yo soy una persona de medios limitados. Soy consciente de que es casi un atrevimiento por mi parte acudir a usted. Pero si accediera a ir, en fin, podría pagarle el viaje de ida y vuelta.

Feluda debió de permanecer inmóvil por lo menos un minuto, siempre con la frente igual de fruncida.

—Mañana le comunicaré mi decisión —dijo por fin—. ¿Tendrá usted en casa una foto de su hijo? La del periódico no era muy clara.

Sudhir Babu bebió un sorbo de té.

—Tengo un primo muy aficionado a la fotografía, y una vez sacó un retrato de Mukul. Mi mujer lo tiene.

—Estupendo.

Nuestro visitante acabó su té, dejó la taza y se levantó.

—Tengo teléfono en la tienda: es el 34-5116. Allí me hallará a partir de las diez de la mañana.

—¿Dónde vive usted?

—En Mehhobazar. Mehhobazar Street, número 7. En la propia calle principal.

Después de acompañar a nuestro visitante hasta la puerta y cerrarla, me volví a Feluda.

—Ha habido una palabra que no he entendido.

—¡Parapsicólogo!

—Esa —dije.

—Se llama parapsicólogos a los que estudian los aspectos más oscuros de la mente humana. Por ejemplo, la telepatía. Una persona se entera de lo que está pensando otra. O puede influir en el pensamiento de otra por la mera fuerza de su voluntad. A veces ocurre que estás tan tranquilo y de repente te acuerdas de un antiguo amigo; y, justo en ese momento, ese amigo te llama por teléfono. Los parapsicólogos dicen que no es ninguna coincidencia, que es la telepatía lo que está detrás de eso. Y hay otras cosas. Por ejemplo, la percepción extrasensorial, que significa poder conocer los acontecimientos futuros por adelantado. O lo de recordar la vida anterior. Todos esos fenómenos constituyen el ámbito de la investigación parapsicológica.

—Entonces, ¿ese Hemanga Hajra es un parapsicólogo eminente?

—Entre los pocos que tenemos en este país, se supone que es una notabilidad. Creo que ha viajado por el extranjero, ha dado conferencias en diversos lugares, ha debido incluso de fundar una especie de asociación.

—¿Y tú crees en esas cosas?

—Lo que creo es que sin las debidas pruebas ni se pue-

de creer ni dejar de creer. La historia está llena de ejemplos de cómo una mente cerrada puede hacer el ridículo. ¿Tú sabes que hubo un tiempo en que se creía que la Tierra era plana? Como también se creía que la Tierra acababa en un punto determinado, más allá del cual no se podía ir. Pero cuando la expedición de Magallanes, partiendo de un punto, dio la vuelta al mundo entero y regresó al mismo punto, entonces los teóricos de la Tierra plana tuvieron que volvérselo a pensar. También se ha creído que la Tierra estaba inmóvil, y que el Sol, los planetas y las estrellas giraban a su alrededor. En una época pensaban algunos que el cielo era un enorme cuenco invertido, que tenía incrustadas las estrellas como otras tantas piedras preciosas. Copérnico demostró que lo que no se mueve es el Sol, y que alrededor del Sol se mueve todo el sistema solar, incluida la Tierra. Pero Copérnico creyó que ese movimiento era circular. Llegó Kepler y demostró que el movimiento describía una curva elíptica. Después de eso vino Galileo... Pero bueno, ¿por qué te cuento yo todo esto? Con ese cerebro infantil subdesarrollado que tienes, por un oído te entra y por otro te sale.

Feluda será un gran detective, pero no se imaginaba que era imposible aguarne la fiesta con pullitas de esa clase. Porque yo ya sabía que íbamos a pasar las vacaciones en el Rajastán. Y, más aún, viajar a un sitio nuevo y a la vez resolver un misterio. ¡A ver hasta dónde llegaba mi telepatía!

## II

Aunque había pedido un día para pensárselo, una hora después de que se había ido Sudhir Babu ya Feluda había decidido hacer el viaje al Rajastán. Cuando me lo dijo le pregunté si querría llevarme a mí también.

—Si me sabes decir cinco ciudades con fortaleza en un minuto a lo mejor —contestó.

—¡Jodhpur, Jaipur, Chitor, Bikaner y..., y..., el fuerte de Bundhi!

Feluda miró su reloj, se levantó del sofá de un salto, y se cambió el pijama por una camisa y pantalón en tres minutos y medio exactamente.

—Hoy es domingo —dijo—. Las taquillas de Fairlie Place estarán abiertas hasta las dos. Voy volando a sacar los billetes.

A la una estaba ya de vuelta. Lo primero que hizo fue buscar el número en la guía de teléfonos y llamar a casa del doctor Hemanga Hajra. Al preguntarle yo para qué se molestaba en llamarle sabiendo que estaba de viaje, dijo:

—Tenía que comprobar que nuestro Sudhir Babu decía la verdad.

—¿Y lo has comprobado?

—Sí.

Se pasó media tarde tumbado en la cama con una almohada debajo del pecho, buceando en cinco libros. Dos eran de la colección Pelican, sobre parapsicología. Dijo que se los había prestado su compañero de la Universidad Anu-tosh Batabyal. De los otros tres, uno era el libro de Todd sobre el Rajastán, otro era una *Guía de la India, Pakistán, Birmania y Ceilán*, y el tercero era una historia de la India cuyo autor no recuerdo.

Luego, después del té, me dijo:

—Vístete, que tenemos que hacerle una visita a Sudhir Babu.

Diré de paso que mi padre se alegró mucho cuando supo que íbamos a hacer una expedición al Rajastán. Él había estado allí dos veces de niño, con el abuelo.

—No dejéis de ir a Chitor —nos recomendó—. Su fortaleza pone los pelos de punta. No hay más que ver estas fortalezas para darse cuenta de lo valientes que eran los guerreros rajputs.

Serían cerca de las seis y media cuando nos presentamos en el número 7 de Mehhobazar Street. Cuando Sudhir

Babu oyó que Feluda había decidido hacer el viaje, su cara volvió a mostrar un gesto de satisfacción azarada.

—No sé cómo expresarle mi agradecimiento —dijo.

—Todavía no hay nada que agradecer, Sudhir Babu —respondió Feluda—. Hágase cuenta de que vamos en viaje de placer, no por usted.

—En cualquier caso, ¿les puedo ofrecer un té?

—Tenemos muy poco tiempo. Salimos mañana, y tenemos que hacer dos cosas antes de salir. Una, necesitamos una foto de su hijo. Y dos, si es posible, quisiera conocer a ese Nilu, el niño que secuestraron.

—A estas horas lo normal sería que no estuviera en casa —dijo Sudhir Babu—. Y menos en fiestas. Pero es probable que su familia no le haya dejado salir hoy. Espere un momento, que antes voy a por la foto.

El abogado Shibratan Mukherjee vivía tres casas más allá de la de Sudhir Babu, en la misma acera. El abogado estaba en casa, tomando el té en la sala de delante con un señor que tenía manchas blancas en la cara. Cuando Sudhir Babu le explicó el motivo de nuestra visita, dijo:

—Veo que mi nieto está haciéndose famoso gracias a su hijo. Tengan la bondad de sentarse. ¡Manohar!

Cuando apareció el criado, Shibratan Babu le dijo:

—Trae té para estos señores. Y mira a ver si está por ahí Nilu. Dile que quiero verle.

Estábamos los tres sentados en sillas en torno a una mesa grande. Las paredes de un lado y otro estaban cubiertas de estanterías hasta el techo, llenas de gruesos volúmenes. Feluda dice que en ninguna profesión hacen falta tantos libros como en la de abogado.

Yo aproveché la oportunidad para echarle una ojeada a la foto de Mukul. La habían tomado en la azotea de la casa. El niño miraba fijamente a la cámara, con el ceño muy fruncido porque le daba el sol de plano.

—También nosotros le hemos hecho toda clase de preguntas a Nilu —dijo Shibratan Babu—. Al principio no

quería hablar. El *shock* le había hecho enmudecer. Desde el mediodía parece que se está recuperando.

—¿No avisaron a la policía? —preguntó Feluda.

—Sí, cuando le echamos en falta. Pero regresó antes de que la policía pudiera hacer algo.

En ese momento entraba Nilu con el criado. Efectivamente, se parecía mucho al niño de la foto. Saltaba a la vista que todavía no se le había pasado el susto, y nos miró con desconfianza.

—¿Te has hecho daño en el brazo, Nilu? —preguntó Feluda de repente.

Shibratan fue a decir algo, pero Feluda le indicó que callara. El propio Nilu respondió a la pregunta.

—Cuando me arrastraron del brazo, sentí como si me quemaran.

Se le veía claramente una señal más arriba de la muñeca.

—Has dicho «me arrastraron» —dijo Feluda—. ¿Es que había más de una persona?

—Un hombre me tapó los ojos y la boca con la mano, me sujetó y me metió en el coche. El otro conducía. Yo me asusté.

—Yo también me habría asustado —dijo Feluda—. Mucho más que tú. Eres muy valiente. ¿Y qué estabas haciendo cuando te cogieron?

—Iba a ver las figuras de la *puja*. La familia de Mati celebra la fiesta en su casa. Mati está en mi clase.

—¿Y no había gente por la calle?

—Anteayer había estado esto un poco revuelto —explicó Shibratan Babu—. Hubo un par de explosiones. Sería por eso por lo que las calles estaban relativamente vacías.

Feluda asintió y dijo «Hum» antes de dirigirse de nuevo a Nilu.

—¿Adónde te llevaron?

—No lo sé. Me vendaron los ojos. Fuimos en el coche mucho rato.

—¿Y luego?